

El Príncipe Abberaham

Sit Amet

El Príncipe Abberaham

Sit Amet

Era habitual que los miembros de la realeza escogieran el hotel Magnum Maharajá para sus estancias en Bali, y por ello la solicitud de reserva de la suite Excelsior para el Príncipe Abberaham de Esuatini no causó mayor sorpresa. El jefe del Gabinete de Su Alteza Real señalaba en su email que el viaje del príncipe heredero tenía carácter privado, por lo que rogaba la máxima discreción, y sugería que todos los cargos fueran remitidos al Palacio Ludzindzini, en Lobamba.

El departamento de reservas informó al director general del Hotel, que tras comprobar que Esuatini era el nombre actual de lo que él conocía como Suazilandia, que Lobamba era su capital administrativa y sede del poder real, y que, efectivamente, la monarquía se mantenía en vigor en ese pequeño estado africano, dirigió al jefe del gabinete un correo electrónico para consultar qué tratamiento debía ser empleado para dirigirse a tan ilustre huésped, y qué precauciones debían ser tenidas en cuenta con respecto a su alimentación. Aunque conocer ambos aspectos era importante, es posible que la verdadera razón del email no fuera otra que comprobar la validez de esa dirección electrónica y la autenticidad del remitente, ya que nunca debía descartarse la posibilidad de que la reserva no fuera más que una broma. La prontitud en la respuesta, la cortesía demostrada por el alto funcionario, y la sencillez del trato requerido para el príncipe, que se conformaba con el apelativo de alteza –renunciando al tratamiento completo que incluía más de diez títulos– y cuya única exigencia a la mesa era que el mejor champagne francés estuviera siempre presente, fueron del agrado del director, que dio su visto bueno a la reserva de la suite más exclusiva del hotel y ordenó el protocolo habitual para garantizar el máximo confort de su ocupante durante el mes que duraría su estancia en la isla de Bali.

La correspondencia dirigida a su alteza había comenzado a llegar al hotel dos semanas antes de que él lo hiciera. Al menos una docena de sobres cada día. Grandes, ostentosos, cuajados de sellos. Todos con remite de Esuatini y lacrados con el escudo de su casa real. Junto al nombre del destinatario aparecían perlas como “Su Alteza Serenísima, Hijo de Reyes, Señor de los Tres Grandes Ríos, Venerable Heredero de Todas las Tierras, y Gran Maestro de la Orden del Leopardo”. La llegada de cada nueva remesa fue, durante todo un mes, motivo de expectación entre los empleados del hotel, que nunca habían visto nada semejante. No sorprendió, sin embargo, el hecho de que ningún séquito acompañara al príncipe Abberaham, y que su llegada al hotel se produjera en un vulgar taxi. Aparentemente, el heredero llevaba al extremo su intención de pasar desapercibido, y nadie en el hotel iba a

traicionar ese deseo. El misterio del escaso equipaje del ocupante de la suite Excelsior, que viajaba con una única maleta de mano, fue desvelado por el mayordomo personal que el hotel le había asignado: el equipaje de su alteza había sido extraviado por la compañía aérea, y como medida de emergencia, el príncipe le había entregado un listado con un centenar de artículos de primera necesidad que debía conseguir a toda costa, y requería la presencia de un sastre que le confeccionara con urgencia una docena de trajes de la mejor calidad.

Al margen de su modesta llegada al hotel, el huésped de honor se conducía con la majestad de quien ha sido educado para reinar: sus modales eran exquisitos, su porte augusto, y su voz profunda evocaba la grandeza de la sabana africana. Normalmente prescindía del desayuno, aunque en alguna ocasión pidió que le fuera servido en sus aposentos. Nunca faltaba al almuerzo, y en su mesa eran frecuentes el caviar Almas y la trufa blanca, además del consabido champagne francés. Requería a diario los servicios del limpiabotas y una vez a la semana los de manicura, peluquería y masajista. Nunca visitó el gimnasio, pero sí exigió la instalación de una cinta de caminar.

Fiel a las instrucciones recibidas, el mayordomo se aseguraba de entregarle su correo en bolsas que ocultaban su interior, puesto que cualquiera que observara la desmesura de la correspondencia comprendería que su destinatario sin duda pertenecía a la realeza del pequeño país africano. El heredero al trono recompensaba estas atenciones con propinas principescas, que para su servidor constituían el equivalente a un mes de trabajo, si bien, sabedor de que su alteza negaba tales gratificaciones a los restantes empleados, cuidó de mantener en secreto el detalle.

Las salidas nocturnas eran parte de su rutina, y aunque nada consta de sus actividades fuera del hotel, debió de encontrar de interés la noche balinesa, porque no solía regresar –en lo que podría considerarse impropio de su condición– hasta altas horas de la madrugada.

Lamentablemente, la partida del príncipe tuvo que ser adelantada respecto a la fecha prevista. Un asunto de estado de la mayor gravedad exigía su presencia en palacio, por lo que debía abandonar Bali sin demora alguna. El recepcionista del turno de noche se atrevió a indicar que era costumbre que todos los cargos fueran abonados el día de salida, y dejó sobre el mostrador la factura con un importe de doce cifras, pero su alteza se limitó a echar un vistazo y señalar que no viajaba con efectivo, que dicha factura debía ser remitida a Esuatini, tal y como en su día se acordó.

El recepcionista comprobó que el correo electrónico que solicitaba la reserva señalaba que el Jefe de Gabinete correría con todos los gastos, pero ante lo abultado de la cifra prefirió consultar a sus superiores. El director del hotel acudió con urgencia a recepción,

solo para constatar que Su Alteza Real el Príncipe Abberaham –Señor de los Tres Grandes Ríos y Venerable Heredero de Todas las Tierras– no había considerado oportuno demorar su partida y se dirigía ya al aeropuerto llevando como todo equipaje la misma pequeña valija que lo había acompañado a su llegada.

Los siguientes días resultaron frustrantes para la dirección del hotel, pues todos los correos electrónicos que se remitieron a Esuatini fueron devueltos, y cuando se pretendió hablar con el Gabinete de su Alteza Real se descubrió que dicho departamento no existía y que nadie, en el Palacio Ludzindzini, conocía al Príncipe Abberaham.

Lástima que nadie hablara con el mayordomo. De haberlo hecho sabrían que Su Alteza le entregaba cada día al menos una docena de cartas, con el encargo de que las depositara en el buzón. Iban dirigidas a un hotel de Dubái. Los sobres eran grandes, ostentosos, cuajados de sellos y lacrados con el escudo de Bali...